

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

ALBERT BERTRAN



►► Altar de Sant Pacià, en la calle que lleva su nombre, en el centro de Barcelona, ayer.

Santos y vírgenes espían en la calle

En Barcelona, algunos santos y vírgenes que viven en iglesias –en altares o en cúpulas– también aparecen en la calle y, se diría, que casi se mezclan con el pueblo. Más que convivir, espían, desde fachadas de edificios anónimos, a quienes caminan a ras de suelo. «Su presencia en la ciudad solo se explica por la devoción externa del que antes era el propietario del edificio. Ahora algunas hornacinas han desaparecido porque se han derrumbado edificios y otras están vacías», explica el sacerdote **Antoni Oliver**.

Es muy extraño, piensa esta cronista, que aún no exista en Barcelona una ruta de santos y vírgenes. Barcelona se suele contar y versionar a ella misma de todos los monólogos posibles: está la Barcelona feminista, la Barcelona republicana, la Barcelona de Gaudí, la ruta de Pepe Carvalho, la de 1912, la de la Manzana de la Discordia...

Oliver distingue entre las grandes hornacinas como la que hay en la fachada principal del palacio de la Generalitat –un Sant Jordi que data de 1860 y que es obra de **Andreu Aleu**– y aquellas con las que se encuentra quien camina, y que suelen ser exvotos o representaciones en el espacio

público de la religiosidad familiar. Nombra tres calles: la de Petritxol, donde hay una virgen de la Mercè; la calle de Sant Pacià, y la de la Baixada de Santa Eulàlia.

Buscando estos tres altares al aire libre, esta cronista apunta que es cierto que a cada santo, o virgen, le toca velar por algo. En la calle de Petritxol, en una hornacina sobria aparece la virgen de la Mercè. De noche, asiste al ir y venir de las chicas de la calle y de los turistas. Ellos cada vez

La de Petritxol es una virgen de ‘sucesos’ y la vía, un atajo de ladrones de la Rambla

más jóvenes y borrachos, y ellas cada vez más niñas y más tratadas como objetos de usar y tirar. Esta es una virgen de *sucesos* porque esa calle también es atajo de ladrones que roban en la Rambla y se pierden corriendo con zapatillas de marca por el Gòtic.

En la Baixada de Santa Eulàlia, hay una santa cuyo altar es de los más coquetos de la ciudad. La virgen forma parte de ese circuito turístico

que es la catedral, la plaza de Sant Jaume y la plaza de Sant Felip Neri. Hace unos años, Eulàlia aparecía vestida y cubierta de polvo. Rejuveneció. Alguien la puso guapa y le cambió las flores –de plástico– y ahora es santa viajera porque vuela en los mundos virtuales de turistas japoneses, franceses o italianos. Por algo fue la santa de Barcelona. Los guías ya narran su presencia.

En la de calle de Sant Pacià quien ocupa la hornacina es santo. Se lee en una placa que una coral de canarios lo restauró en 1994. La hagiografía sitúa al santo Pacià como padre de la Iglesia católica. Desde ese altar, el santo comparte fachada con sábanas raídas y pobreza a la vista. Alguien le colocó unas flores de plástico rosas. Son pocos los que levantan la vista para verlo. La cronista lo observa y un chico, por fin, lo mira y sigue sin sorprenderse.

En la iglesia de San Juan Chamula, en México, los indígenas chamulas bajaron a los santos a ras de suelo porque la iglesia se incendió y, como no encontraron al pirómano, los culparon a ellos. Los de esta iglesia chiapaneca son santos del tamaño de los hombres. Las Cármenes, Antonios y Mercedes de Barcelona son santos y vírgenes del santoral mediterráneo. Son pequeños y se camuflan según la necesidad del momento. Algo propio del carácter mediterráneo. En Mallorca o en Génova, santos y vírgenes hasta entran en las casas en capillas domiciliarias. Son santos y vírgenes de salón. ≡



apiedecalle@elperiodico.com